

## FINALISTA ESTATAL



### EL ERROR

Irene Riquelme Fernández  
**IES La Flota (Murcia)**

Era un sábado corriente de 1934. Anne y yo paseábamos todos los sábados por el barrio. Paseábamos desde que salía el sol hasta que se ponía. Pero ese sábado, al ser el principio de las vacaciones, decidimos andar ya de noche. Lo único que alumbraba las calles de Londres era la tenue luz de las farolas. Paseamos bajo el tupido cielo un largo rato, y, cuando nos disponíamos a volver a nuestras respectivas casas, oímos un ruido similar a una carcajada malévol.

Aligeramos el paso, pero cada vez se hacía más intensa la carcajada. De repente todas las tenues luces de las farolas comenzaron a titilar, hasta que acabaron apagándose por completo. No podíamos ver nada, y una fuerza que no llegábamos a averiguar de dónde provenía no nos dejaba movernos. Rápido como un rayo, algo o alguien me dio un fuerte golpe en el pescuezo, con el que caí al suelo inconsciente.

Cuando recuperé la consciencia, me encontré yacida sobre el suelo frío de la calle. Ya estaba amaneciendo, no tenía fuerza para levantarme, y la poca que me quedaba, la utilicé para guiar mi cabeza y buscar con mi mirada a Anne, pero no la encontraba. A mi lado, había un trozo de papel, donde decía: “Elizabeth, vigila al payaso chiflado, fue el responsable del error”. No entendía nada de lo que ocurría. ¿De qué error hablaba? ¿Quién es ese payaso chiflado? Y lo más extraño: ¿Quién y por qué había escrito esa carta? Tal vez fuese el corresponsal de esa carta el culpable de la desaparición de Anne. O tal vez fuese aquel payaso del que habla el culpable. Lo único que sabía era que había algo raro que había de descubrirse tarde o temprano.

Al volver a mi casa, la encontré vacía. No había nadie. Pero algo extraño había en ella. Era como si se hubiese ido mi familia al momento. La comida estaba haciéndose, la televisión estaba encendida, la muñeca de trapo de mi hermana yacía tirada por el suelo. Subí al segundo piso, y en el primer escalón de las escaleras, me encontré otro trozo de papel, donde decía exactamente lo mismo que en el primer papel: “Vigila al payaso chiflado, fue el responsable del error”.

Al momento, oí un ruido de una puerta cerrándose. Intuí que podían ser mis padres, y opté por ir a recibirlos, pero antes de poder ver quien era el que estaba en casa, oí el mismo ruido que oímos Anne y yo la noche del suceso. Esa extraña risa malévol de la

que intentábamos huir. En ese momento, mi corazón dio un vuelco. Quedé sin fuerzas en un instante, no podía moverme, y me dediqué a esperar la llegada del ser que emitía aquella carcajada. Pero, como la noche anterior, todas las luces de la casa se apagaron. Intenté encender la luz, pero el interruptor no respondía. Asustada bajé las escaleras en busca de una salida, pero no la encontraba. Algo me agarró del brazo, y perdí la consciencia al instante.

Al despertar, no me encontré en el mismo sitio del otro día; me encontré en una sala oscura, pero con un pequeño ventanal que alumbraba débilmente la habitación. Daba la sensación de estar en una cárcel. La puerta, de un salto, se abrió fuertemente, pero al otro lado de ella no había nadie. Solo aquella carcajada malévola que me rompía los tímpanos. Al igual que en las anteriores ocasiones, todo oscureció. Pero esta vez, pude vislumbrar una silueta en frente de mí. No pude ver como era, pero esta permaneció inmóvil todo el rato. Parecía que era de ese ser de quien provenía la carcajada. Intenté correr, pero mis pies no respondían. Esa extraña fuerza que el ser emitía no me dejaba mover ni un solo músculo de mi cuerpo. La carcajada cesó, y con ella mi agonía, aunque seguía allí el extraño ser. La luz volvió a alumbrar la escena. Me fijé en aquel ser, seguía allí inmóvil. Como si nada hubiese pasado. Vestía como un payaso, pero con una ropa rota y desgastada. Su sonrisa enseñaba unos afilados dientes como los de un tigre o un león. Tenía unos grandes y tenebrosos ojos que parecían mirar a todas partes a la misma vez. Levantó una de sus manos y me señaló con uno de sus afilados dedos. Quedé absorta ante su temible mirada que penetraba en mis ojos como un veneno en mis venas.

-Elizabeth...- Dijo sin mover ni un solo diente de su boca.

-¿Cómo sabes mi nombre?

-Yo lo sé todo. Si quieres recuperar a tu amiga, tendrás que averiguar el error.

-¿Qué error?

-Eso es lo que tienes que averiguar.

Y el extraño payaso chiflado desapareció en el aire en un instante.